

An aerial photograph of a busy city street, likely Times Square in New York City, with a large globe of the Earth in the center. The globe is the focal point, showing the Americas. The street is filled with people, cars, and motorcycles. Tall buildings line the streets, and the overall scene is vibrant and bustling.

J C MARKER

PASIÓN POR LAS

MISIONES

UN LLAMADO A SERVIR
Y TRANSFORMAR CORAZONES

e625.com



Esta es una muestra gratis
para que puedas espiar este libro.

En e625.com estamos muy entusiasmados
de que puedas aprovechar este contenido
y conseguir el libro completo,
ya sea en formato físico
en cualquier librería cristiana,
en nuestra tienda online
(e625.com/tienda)
o también en formato digital en:



iBooks



Google Play

Esta MUESTRA GRATIS incompleta del libro
no es para ser comercializada.©

J C MARKER

PASIÓN POR LAS



MISIONES

UN LLAMADO A SERVIR
Y TRANSFORMAR CORAZONES

e625.com

e625.com

Pasión por las misiones

Juan Carlos Marker

Publicado por especialidades625® © 2025

Dallas, Texas.

ISBN: 978-1-954149-81-6

Todas las citas bíblicas son de la Nueva Traducción Viviente (NTV) a menos que se indique lo contrario.

Editado por: María Gallardo

Diseño de portada e interior: Creatorstudio.net

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS.

IMPRESO EN ESTADOS UNIDOS.

Este es un libro lleno de retos personales, emocionales, espirituales y financieros. Retos que todo joven valiente, atrevido y lleno de pasión por Dios ha atravesado o atravesará en algún punto de su propia historia. Uno de los objetivos principales de este libro es hacer que la pasión de los jóvenes sea tan grande que sea imposible de esconder. Y sé que puedes lograrlo. Así que sírvete una buena taza de café y prepárate para ser desafiado...

Chrisel Floresmarker

Dedicatoria:

A todos los misioneros en el mundo.

A los que ya han entregado sus vidas y a los que aún lo hacen.

*A los nacionales, internacionales, locales y a los que son
misioneros en sus propios hogares.*

*A mi familia, mi esposa, mis hijos Iker y Slavik, y en especial a mi
hija Chrisel, la escritora que dio sazón a las historias que hoy van
a conocer.*

ÍNDICE

Capítulo 1: El llamado	7
Capítulo 2: México y un poco más allá	19
Capítulo 3: Un Dios de milagros	31
Capítulo 4: Esto no era lo que me esperaba	45
Capítulo 5: Simplemente María	59
Capítulo 6: De regreso a casa	69
Capítulo 7: La tormenta	87
Capítulo 8: El desierto	97
Capítulo 9: Cree	105
Capítulo 10: El otro lado de la moneda	125
Capítulo 11: No apto para personas impresionables	137
Capítulo 12: Luz en las tinieblas	159
Capítulo 13: Confesiones	185
Guía práctica para nuevos misioneros	199
Unas notas finales	209

CAPÍTULO



EL LLAMADO

He conocido la historia y el nombre de muchas personas que con su ejemplo y pasión han impactado pueblos, ciudades, países y aun continentes.

He conocido a muchas personas que sin lugar a dudas entregaron todo de sí con tal de cumplir el plan que Dios tenía para sus vidas... personas que nos han entregado la clave para una vida exitosa en el eco de una simple frase: “Anímate a creer que tú puedes hacer una diferencia”.

Pero claro... es fácil creerlo cuando tienes la vida asegurada.

Es fácil creerlo cuando recibes amor de parte de tu familia.
Es fácil creerlo cuando nunca has sentido vergüenza.
Es fácil creerlo cuando tienes posibilidades económicas.
Es fácil creerlo cuando tu mundo nunca se ha visto derrumbado. Es fácil creerlo cuando la devaluación de 1984 no destruyó todo lo que te daba seguridad.

Conozco la historia de un niño que pensaba que lo tenía todo, y que sentía que jamás habría necesidad de buscar nada más allá de esa vida que tanto disfrutaba.

Conozco la historia de un niño que luego lo perdió todo, y que sintió que ya no había nada más que buscar en la vida... hasta que se encontró con Dios.

Bienvenidos a mi historia.

No era un secreto que me encantaba pasear en el Ford Galaxie LT de mi padre. ¡Esa belleza fue el auto de mi niñez! Recuerdo que cada cumpleaños mi papá (quien era un

sujeto muy respetado y ejercía un puesto alto e importante en el gobierno) me enviaba en su auto con una de mis niñeras y su chofer personal a comprar cuantos juguetes quisiera... ¡no había límite en la tarjeta de papá! ¿Puedes imaginarte lo fantástico que era eso?

Aunque debo reconocer que, aunque afortunadas, esa clase de celebraciones tendían a generar un tipo de soledad bastante interesante... Esa que se presenta a tu puerta aunque estés rodeado de todo lo que se supone es una buena compañía... Quiero pensar que pasear en su auto compensaba un poco las cosas.

Mi madre, por otro lado, era la diva que toda película de los años '80 desearía contratar. Aún puedo verla andando por ahí con sus joyas y su maquillaje perfectamente colocado, siempre de un lado al otro enviando a empleados por las compras de la casa.

Mi hermano mayor era muy dedicado en sus estudios, y sorprendentemente también era un poco cabeza dura. Jamás entendí el equilibrio entre esas dos caras suyas.

Mi hermano menor era un tímido consentido. No hay mucho que agregar... los hermanos menores siempre son así, aunque ellos quieran negarlo.

Por si ellos leen esto: los quiero.

Ya llegando a la mejor parte de la familia, obviamente yo, siempre fui de la clase de niños a los que hay que tranquilizar en lugar de pedirles que salgan a jugar. No

solía sentarme y hacer lo que fuera que hacían los niños en esas épocas. Incluso desde bebé solían atar mi piernita regordeta a la cuna para evitar que me saliera de ella solo Dios sabe cómo, y gateara hasta la calle. Más tarde, con 12 años y nada de cordura, ya sabía cómo moverme por mi cuenta de estado en estado.

Ya te das una idea de lo inquieto que era, ¿verdad?

La economía en casa era muy buena. Nunca nos vimos en la necesidad de contar los centavos para llegar al final del mes. Por el contrario, nuestra seguridad económica era tal que mi padre, en lugar de apostar dinero en sus juegos con amigos, solía apostar propiedades, localizadas en distintas partes de la república. Si perdía una o dos estaríamos bien.

Había demasiado de dónde escoger.

Algo que siempre resaltaré de mi papá es que, muy a pesar de cómo desempeñó su rol de padre, siempre tuvo un corazón de lo más noble y benevolente.

Muchas veces su gran corazón dejaba que las personas se aprovecharan de su riqueza, pero a él esto no lo inmutaba.

Con el paso del tiempo, decidimos vender casi todas esas propiedades con las que él solía jugar, que en esa época eran tantas que simplemente se quería deshacer de ellas.

Sé que parece broma, pero todo lo que leerás en estas páginas es cierto.

Así transcurría mi niñez... ¿Qué podía salir mal?

Así transcurría mi niñez... hasta que llegó el año 1984.

En 1984 la economía mexicana enfrentó una de las crisis más recordadas de su historia, y la moneda nacional sufrió una devaluación que derribaría la fortaleza de lujos y comodidades en la que yo había vivido toda mi vida.

¿Por qué ahorrar? La billetera de papá parecía un manantial infinito de recursos. ¿Por qué preocuparse? La economía de la casa era lo suficientemente fuerte como para sobrevivir a la crisis. Siempre lo había sido. ¿Por qué asustarse? Papá siempre sabía cómo salir de un embrollo. ¿Por qué empezar a cambiar de pronto la dinámica a la que estaba tan acostumbrado? Se suponía que no había razón para alarmarse.

La estrategia de vender nuestras propiedades *después* de que la crisis nos azotara hubiera podido ser una linda idea para desarrollar este capítulo: “¡Hey, logramos sobrevivir con la estrategia de venta de propiedades y cobro de favores!”.

Pero eso no sucedió.

Lo que sí sucedió fue que todo lo que alguna vez creía verdadero se desvaneció, revelando un mundo de mentiras, miedo e incertidumbre.

Resulta que papá de pronto enfermó. Resulta que mi familia pasó de tenerlo todo a no poseer nada. Resulta que vender las tierras *antes* de la crisis nos ahogó aún más. Resulta que papá no pudo volver a trabajar en el gobierno debido a su salud. Resulta que la soledad me golpeó mucho más duro de lo que nunca hubiera imaginado. Resulta que pasé de viajar cada semana a distintas partes de la nación

a simplemente esperar tener un techo sobre mi cabeza al final del día. Resulta que mamá vendió su joyería fina y despidió a los empleados. Resulta que aprendimos que la lealtad de las personas se mide por cuánto dinero tienes en el bolsillo. Resulta que mi familia se quedó sola.

Nunca imaginé que de tenerlo todo a no tener nada podía haber un solo paso. Mi casa, mis recuerdos, mi comodidad, mi seguridad, los costosos juguetes de cada cumpleaños... Todo eso y mucho más se perdió. También mi valentía. Sentí que me convertía en un ser insignificante. En un anónimo más, que se pasea sobre la tierra robando oxígeno.

Por necesidad, y con poco más que algo de esperanza, nos mudamos a una pequeña casa en el centro de Toluca. Yo tenía quince años por ese entonces, y recuerdo que en el fondo de mi corazón confiaba en que pronto se me presentaría alguna manera de salir del pozo gris en el que me encontraba. Sentía que pronto llegaría una oportunidad, que aparecería justo en frente de mis ojos esperando a ser tomada...

No me esperaba que lo que en realidad aparecería sería una iglesia cristiana, y no exactamente frente a mis ojos, sino al lado de mi casa.

No me gustó nada. Mi situación ya era lo suficientemente caótica como para andar viendo personas cuyas vidas sí estaban pintadas de colores brillantes y vivos. Personas sin preocupaciones, con familias sonrientes y felices.

¿Alguna vez tuviste pensamientos como este?

Realmente, surgía un conflicto en mí cuando veía pasar a estas personas semana tras semana. Personas que, para colmo, estacionaban sus automóviles justo frente al garaje de nuestra propiedad, de manera que si queríamos salir, nos era imposible.

A mi padre eso le molestaba tanto que me mandaba a buscar personalmente a los dueños, para pedirles que movieran sus vehículos a otra parte. ¿Por qué no enviar a alguno de mis hermanos? Simple. Porque el mayor se encontraría analizando alguna teoría de quién sabe qué, y el menor se limitaría a decir que era muy pequeño para andar haciendo esa clase de mandados.

Cada vez que se reunían pasaba lo mismo. Se estacionaban bloqueando la salida de nuestra casa, y llenaban la calle con música y canciones muy extrañas.

Cada vez que se reunían yo hacía lo mismo. Me despertaba, salía al garaje, tomaba una barra de metal, y rayaba sus autos o pinchaba sus llantas. Acto seguido, entraba a la iglesia para buscar al dueño y pedirle que encontrara otro estacionamiento. Uno que sí fuera público.

¿Y qué? Alguien debía tomar cartas en el asunto... O, en este caso, una barra de hierro.

Los días se convirtieron en meses, y cada vez sentía más curiosidad por saber qué hacían realmente ahí dentro.

¿Tan solo cantaban?

¿De qué hablaban todo ese tiempo que pasaban juntos?

¿Por qué se llamaban “hermanos” entre ellos?

¿Acaso eran realmente tan felices como parecían?

¿En verdad conocían a Dios?

Eran tantas las preguntas que me inundaban, tantas las ideas dando vueltas por mi cabeza, que tenía que hacer algo.

Y lo hice.

Debo decir que esa mañana, cuando desperté, creí que sería un domingo como cualquier otro. Me puse el único par de tenis (zapatillas) que aún tenía, el cual, aunque roto y de la talla equivocada, me serviría para ir hasta la iglesia sin tener los pies expuestos. Entré allí como de costumbre, pero en lugar de buscar a las personas para que movieran sus vehículos, me coloqué justo al final de las sillas, en ese lugar donde pretendemos ser insignificantes, casi invisibles... Por ese entonces todavía no sabía que Dios es experto en elegir a aquellos que toda la vida se han sentido así, insignificantes, casi invisibles.

Creí que no pasaría nada. Las personas estaban sentadas escuchando a un hombre que compartía lo que a mi parecer era un sermón dominical común y corriente. ¿Qué podría salir mal?

—¡Alto! —gritó de repente aquel hombre que estaba en el frente— No puedo continuar hasta que comparta esta palabra de parte de Dios.

Algo raro, ¿verdad?

Entonces, comenzó a señalar hacia donde yo estaba sentado. Yo no entendía lo que estaba pasando. Todas las personas giraron sus cabezas como si se tratara de un baile sincronizado, mientras yo miraba a ambos lados esperando que no se estuviera dirigiendo a mí...

No sirvió de mucho.

No había nadie a mis lados.

Una sensación extraña me invadió.

Toda la soledad acumulada en mi corazón se desvaneció en un momento. Mi corazón comenzó a acelerarse, y un calor terrible comenzó a emanar de mi pecho. Probablemente me sudaron las manos, aunque no estoy muy seguro porque todo mi cerebro se concentró en no caer al suelo y en no comenzar a llorar sin razón.

—Dios te dice que él te enviará a predicar su Palabra a las naciones —dijo el hombre, y en ese instante hicimos contacto visual—. Las naciones esperan por ti desde el vientre de tu madre.

Y entonces me encontré con Dios.



Suscripción de
materiales premium
para iglesias



Recursos
gratis



Tienda con envíos
internacionales



Chat en
tiempo real



Revista
Líder 6.25



Educación online
www.institutoe625.com



Seminarios para
iglesias locales



Eventos de
actualización
ministerial



Libros
Online

e625.com
TE AYUDA
TODOS EL AÑO